
Las Señales del Nuevo Nacimiento



JUAN WESLEY

El nuevo nacimiento es de vital importancia para todos y cada uno de los hijos de Adán, desde que “el que no naciere otra vez,” es decir “naciere del Espíritu”, “no puede ver el reino de Dios”. Por lo tanto, propongo describir sus señales de la manera más clara que pueda darse, y tales cuales las encuentro en las Sagradas Escrituras.

La primera de estas señales y la base de todas las demás, es la fe. Así dice San Pablo: “Sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26). La fe de que él habla no es simplemente nociónal o especulativa. No es sólo el asentimiento a la proposición, “Jesús es el Cristo”. Ni aún a todas las proposiciones contenidas en nuestro credo o en el Antiguo o en el Nuevo Testamento. No es el asentimiento frío al hecho de que cualquiera de estas doctrinas o todas ellas es creíble y debe creerse. Afirmar esto, sería tanto como decir que los diablos son nacidos de Dios, puesto que ellos así creen. Temblando, creen que Jesús es el Cristo. Creen que toda Escritura, habiendo sido dado por inspiración divina, es tan verdadera como Dios es verdadero. La fe que es señal del nuevo nacimiento no es solamente el asentimiento que se da a la verdad divina aceptando el testimonio de Dios o la evidencia de los milagros, porque esos espíritus escucharon también las palabras de sus labios, y sabían que su testimonio era fiel y verdadero. No pudieron menos de recibir el testimonio que dio de sí mismo y del Padre que lo había mandado. Vieron asimismo las grandes obras que hacía, y creyeron por consiguiente, que “había venido

de Dios”, y sin embargo, a pesar de esta creencia están aún “reservados debajo de obscuridad en prisiones eternas hasta el juicio del gran día”.

Todo esto no es más que una fe muerta. La verdadera fe, viva y cristiana, que posee todo aquel que es nacido de Dios, no es sólo el asentimiento, o sea un acto de la inteligencia, sino la disposición que Dios ha creado en su corazón, la seguridad y confianza perfecta en Dios de que, por medio de Cristo, sus pecados han sido perdonados, y de que ha sido reconciliado con Dios.

Uno de los frutos inmediatos y constantes de esta fe por medio de la cual somos nacidos de Dios – fruto que de ninguna manera puede separarse de ella, pero ni por una hora siquiera, es el dominio sobre el pecado – poder sobre los pecados exteriores de todas clases – sobre toda mala palabra y obra.

San Juan habla con especial énfasis de este privilegio tan valioso de los hijos de Dios especialmente con respecto al dominio sobre el pecado exterior. “Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado, porque su simiente está en él; y no puede hacer pecado, porque es nacido de Dios” (1 Juan 3:9). Empero algunos dirán: “Muy cierto, cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado *habitualmente*”. ¡*Habitualmente!* ¿De dónde se ha tomado esa palabra? No la encuentro; no está escrita en el libro de Dios. El Señor dice claramente: “No hace pecado” y tú añades *habitualmente*. ¿Quién eres tú que tratas de enmendar los oráculos de Dios, que añadas a las cosas que están escritas en su libro? Cuidate, no sea que Dios traiga “sobre ti las plagas que están escritas en este libro”, especialmente si lo que añadas destruye el sentido del texto.

Dejemos que el Apóstol interprete sus propias palabras en el tenor de su discurso. En el versículo quinto de este capítulo, dice: “Sabéis que él” (Cristo) “apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él”. ¿Qué deduce de esto? “Cualquiera que permanece en él no peca, cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 de Juan 3:6). Antes de hacer enfática esta doctrina, expresa la necesidad de una prevención: “Hijitos, no os engañe ninguno” (versículo 7). Muchos tratan de hacerlo, de persuadirnos de que seáis injustos, a que cometáis el pecado y pretendáis al mismo tiempo ser hijos de Dios. “El que hace justicia, es justo, como él también es justo. El que hace pecado, es del diablo porque el diablo peca desde el principio”. Después continua: “Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado; porque su simiente está en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios”. “En esto” añade el Apóstol, “son manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo”. Por esta señal tan clara (la comisión o no comisión del pecado) se distinguen unos de otros. Con el mismo fin escribe en el capítulo quinto: “Sabemos que cualquiera que es nacido de Dios, no peca; mas el que es engendrado de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca” (versículo 18).

Otro fruto de esta fe es la paz, porque “Justificados por la fe” – habiendo sido borrados todos nuestros pecados, “tenemos paz para con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). Esta es la “paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento”, la serenidad del alma que el corazón del hombre natural no puede concebir, y que ni aún el hombre espiritual puede expresar. Es una paz que todos los poderes de la tierra y del infierno no pueden quitar.

La segunda señal espiritual de los que son nacidos de Dios, es “una esperanza viva”. San Pedro, dirigiéndose a todos los hijos de Dios que estaban entonces esparcidos por todas partes, dice: “Bendito el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado en esperanza viva” (1 de Pedro 1:3). “Una esperanza viva” dijo el Apóstol, porque existe igualmente una esperanza

muerta, lo mismo que una fe *muerta*, una esperanza que no emana de Dios, sino del enemigo de Dios y del hombre, como claramente se ve por sus frutos.

Esta esperanza viva significa en primer lugar, el testimonio de nuestro propio espíritu o conciencia de que “con sencillez y sinceridad de Dios, . . . nos hemos conducido en el mundo”, en segundo, el testimonio del Espíritu de Dios “que da testimonio a nuestro espíritu que como hijos de Dios”. “Y si hijos, también herederos de Dios y coherederos de Cristo.”

La tercera y más grande señal escritural de los que son nacidos de Dios, es el amor – “el amor de Dios derramado en sus corazones por el Espíritu Santo que los es dado” (Romanos 5:5). “Y por cuanto son hijos de Dios, Dios envió al Espíritu de su Hijo en sus corazones, el cual clama, ‘Abba, Padre’ (Gálatas 6:6). Movidos por este Espíritu y mirando hacia Dios continuamente como a su amante Padre con quien se han reconciliados, le piden su pan cotidiano, y todo lo que necesitan para su cuerpo y su alma. Constantemente abren sus corazones ante El, “sabiendo que tienen las peticiones que le han demandado” (1 de Juan 5:15). Su deleite está en El; el regocijo de su corazón está en El; El es su escudo y su gran merced; su comida y bebida es hacer su voluntad; y “como de meollo y grosura es saciada su alma; y con labios de júbilo lo alaban” (Salmos 63:5).

El fruto natural de este amor de Dios, es el amor a nuestro prójimo. Por prójimo se quiere decir cada una de las almas que Dios ha creado, sin exceptuar las de nuestros enemigos, ni de aquellos que “nos persiguen y dicen de nosotros todo mal”. Es un amor con el cual amamos a todos los hombres como a nosotros mismos, como a nuestras propias almas. Nuestro Señor mismo lo ha expresado aun con mayor fuerza, enseñándonos “que amemos, como él también nos ha amado”, y por lo tanto, el mandamiento escrito en los corazones de todos aquellos que aman a Dios, no es otro, sino éste: “como yo os he amado, amaos también los unos a los otros”.

El segundo fruto del amor a Dios, es la obediencia completa que rendimos al que amamos y conformidad con su voluntad – obediencia a todos los mandamientos de Dios, tanto interiores como exteriores – obediencia de corazón y de vida, en todo nuestro temperamento y en toda nuestra vida. Y aún de las disposiciones más claramente comprendidas en esto: el ser “celoso de buenas obras”, sentirse hambriento y sediento de hacer el bien a todas maneras posibles a todos los hombres, regocijarse en “gastar y ser gastado por ellos”, por todos los hijos de los hombres, no esperando ninguna recompensa en este mundo, sino solamente en la resurrección de los justos.

Claramente he descrito las señales del nuevo nacimiento que encuentro en las Sagradas Escrituras. Así contesta Dios mismo la importante pregunta; “¿Qué cosa es nacer de Dios?” “Así es todo aquel que es nacido del Espíritu” si se consultan los oráculos de Dios. Esto es según el juicio del Espíritu de Dios ser hijo de Dios.

¿Quiénes, pues, son los de esta manera han nacido de Dios? “Vosotros conocéis los que os es dado de Dios”; sabéis que sois los hijos de Dios y “tenéis vuestros corazones certificados delante de él”, y todo y cada uno de vosotros que me escucháis, que es la verdad, si en este momento sois hijos de Dios o no. (Responda cada uno, no al hombre, sino a Dios). No eludáis la pregunta. La cuestión no es ¿qué cosas fueron hechos en el bautismo? sino ¿qué cosa sois ahora? ¿Mora el Espíritu de adopción en vuestros corazones? Dejad que vuestro corazón conteste

- Condensado del Sermón xviii de SERMONES por Juan Wesley.